

- 
- 2 GABRIEL MOEDANO NAVARRO  
UN HOMBRE DE SU TIEMPO  
Benjamín Muratalla
- 8 GABRIEL MOEDANO  
EXPLORADOR GOZOSO DE INFRAMUNDOS  
Andrés Medina Hernández
- 12 HASTA PRONTO, GABRIEL  
Jesús Montoya
- 14 HOMENAJE A GABRIEL MOEDANO  
Cristina Barros
- 18 GABRIEL MOEDANO, EL AMIGO  
Jesús Monjarás Ruiz
- 20 A GABRIEL  
Amparo Sevilla
- 22 ALGUNAS REMEMBRANZAS EN TORNO  
AL MAESTRO GABRIEL MOEDANO  
Norma Lazcano Arce
- 26 GABRIEL MOEDANO  
Marco Buenrostro
- 28 GABRIEL MOEDANO  
Katrín S. Flechsig
- 32 A MI MAESTRO CON CARIÑO  
Yolanda Torres Martínez
- 34 CORAZÓN GIGANTE  
María Cristina Díaz Pérez

ES UNA PUBLICACIÓN INTERNA DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE  
ANTROPOLOGÍA DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

DIRECTOR GENERAL DEL INAH	LUCIANO CEDILLO ÁLVAREZ
SECRETARIO TÉCNICO DEL INAH	MOISÉS ROSAS
DIRECCIÓN EDITORIAL	GLORIA ARTÍS
SUBDIRECCIÓN EDITORIAL	ROBERTO MEJÍA
RESPONSABLE DE EDICIÓN	VICENTE CAMACHO
ACOPIO INFORMATIVO	LIZBETH ROSEL
CORRECCIÓN DE ESTILO	OLGA MIRANDA
DISEÑO Y FORMACIÓN	AMADEUS/DANIELA IGLESIAS
COORDINACIÓN DE ESTE NÚMERO	BENJAMÍN MURATALLA

## GABRIEL MOEDANO NAVARRO, UN HOMBRE DE SU TIEMPO

Benjamín Muratalla \*

**E**n aquellos tiempos la ciudad de México no rebasaba el millón y medio de habitantes; era una ciudad todavía pequeña, la mayoría de sus antiguos barrios aún conservaban un sabor provinciano que se reflejaba en sus calles y edificios y, sobre todo, en el estilo de vida de la gente. En la radio, principal medio de comunicación en aquel entonces, resonaban las terribles noticias del estallido de la guerra en Europa, intercaladas con los éxitos musicales del momento, disputados entre Emilio Tuero, Agustín Lara y María Luisa Landín, con los cuales se enamoraban los jóvenes de la ciudad capital.

*Junto contigo le doy un  
aplauzo al placer y al amor.  
Qué viva el placer,  
qué viva el amor.<sup>1</sup>*

En uno de esos añosos barrios, Tacuba, ubicado al norponiente de la ciudad capital y bastante alejado del centro, en 1939 vio sus primeras luces un niño a quienes sus enamorados padres, doña Margarita Navarro Alvarado y don Mariano Moedano Barrera, bautizaron con el nombre de Gabriel Sergio Francisco. Tiempo después, ante el Registro Civil quedó su nombre asentado sólo como Gabriel.

*Arriba del cielo hicieron tamales,  
lo supo San Pedro,  
mandó traer dos reales.  
A la rorro niño, a la rorro yo.  
Duérmete niñito de mi corazón<sup>2</sup>*

Este niño habría de ser esperado con muchísimo sufrido la pérdida cinco años atrás de su primogénito al poco tiempo de nacido, que también se llamaba Gabriel. De modo que cuando el 12 de diciembre del treinta y nueve nació este otro pequeño, la casa se llenó de alegría, prodi-

gándole al nuevo huésped toda clase de atenciones y mimos. En este segundo Gabriel habrían reencarnado las esperanzas de los jóvenes esposos por consolidar su familia. En breve vendrían también Anita y Gerardo.

Tendría escasamente cinco años Gabriel cuando la familia decidió trasladarse al vecino lugar de Azcapotzalco, otro antiguo y legendario barrio de la capital. Las habitaciones en el nuevo hogar eran más espaciosas y además contaban con un amplio solar donde los chicos podían jugar libremente entre pequeños arbustos, macetas, nopales y muros derruidos de antiguas cons-



Gabriel Moedano Navarro, 1940.  
Archivo familiar.

\*Fonoteca del INAH.

<sup>1</sup> *Amor perdido*, éxito de María Luisa Landín en los años cuarenta.

<sup>2</sup> *Arriba del cielo*. Grabación de Gabriel Moedano en Cerro de las Tablas, Cuajinicuilapa, Guerrero, mayo de 1981.



Gabriel y su hermana Ana María, 1941.  
Archivo familiar.

trucciones. La campestre tranquilidad del viejo Azcapotzalco, de grandes casonas de tipo inglés y español y avenidas arboladas por donde, todavía en los años cuarenta, transitaban tranvías y en sus cercanías hacía su arribo el tren proveniente del Zócalo, así como la góndola que transportaba víveres desde La Merced, contrastaba con el panorama exterior, principalmente a nivel internacional, donde acontecía una de las más grandes conflagraciones bélicas: la Segunda Guerra Mundial, iniciada con la invasión del ejército nazi a Polonia, precisamente en septiembre del treinta y nueve.

Mientras que afuera se enfrentaban con ferocidad los aliados Estados Unidos, Inglaterra y Francia a los países del eje Alemania, Italia y Japón, al interior del país se experimentaba una cierta calma y pujanza económica. Sin embargo, al concluir la conflagración, sus resultados impactaron fuertemente a los habitantes de todo el orbe, pues habían sucumbido millones de seres humanos, a través de la práctica de siniestros armamentos como la bomba atómica.

Es muy probable que este aterrador acontecimiento, del cual no perdían noticia la radio y la prensa, influyera de algún modo a los esposos Moedano Navarro, pues tomaron la decisión de que ninguno de sus hijos acudiera a la escuela pública, ocupándose doña Mariana de instruirlos

en sus estudios básicos: escritura, lectura y cuentas, así como algo de historia y geografía; a buen resguardo en casa, los niños correrían menos peligro que en las calles.

Es así que la infancia de Gabriel se desarrolló entre aquellos muros añosos de la casa de Azcapotzalco, rodeada de milpas, de vacas, del silbido de trenes y de pregones. Las enseñanzas de sus padres impregnadas de cuentos y leyendas despertarían en él la imaginación por otros mundos. En esta casa se agrandaría la familia y ahí nacieron los otros dos hermanos Azael y Edgardo; cinco por todos: gritando y corriendo por las habitaciones, trepándose en los árboles y escondiéndose entre los resquicios de los muros: inundando la casa de luz y regocijo.

En esos inolvidables juegos infantiles, los pequeños hicieron un gran descubrimiento, pues en uno de los muros de adobe, al rascar con sus diminutos dedos, brotaban pequeñas figurillas de barro, de piedra y flechas de obsidiana. Asombrados por su hallazgo, cada vez que podían iban a rascar el muro, principalmente Gabriel, así logró recopilar varias de esas figurillas que luego mostró a un tío suyo, el arqueólogo Hugo Moedano, su padrino de bautizo, al que le interesaban demasiado esos hallazgos, y por el que supieron precisamente que las figurillas habían sido elaboradas hacía muchísimos años por los antiguos tepanecas. De esta manera Gabriel se percató de que sobre la tierra que pisaban, antaño vivió otra gente que había dejado abundantes huellas de su existencia a través de esas manufacturas en barro y piedra, muchas de las cuales tenían formas de animales, de pájaros, de perros, de flores, de víboras ¿cuál sería su significado? se preguntaba repetidamente. Sin proponérselo había nacido su interés por lo oculto, por el pasado, por sus raíces, que tendría que revelar más tarde.

*Arenita azul,  
di'onde salió.  
Anoche cayó l'agua,  
la destapó...<sup>3</sup>*

Al cumplir los doce años, en 1951, Gabriel acudió a una escuela reconocida por la Secretaría de Educación Pública para que le aplicaran un examen con el cual acreditara que poseía el nivel de conocimientos requerido, para hacerse acreedor al certificado de educación primaria. Como los

<sup>3</sup> *Arenita azul*. Grabación de Gabriel Moedano en Río Grande, Oaxaca, enero de 1967.

resultados de dicho examen fueron bastante satisfactorios, pudo ingresar con facilidad a la Secundaria No. 25 Fernando Montes de Oca, localizada en las calles del Centenario en el mismo Azcapotzalco.

Aunque la gran guerra había acabado, sus secuelas permanecían aún con enfrentamientos ideológicos, discursivos y bélicos por doquier, pues el mundo se había dividido en dos grandes bloques: el comunista y el democrático, periodo conocido como la Guerra Fría. Mismo que de algún modo influyó en la conciencia y en la posición ideológica, principalmente de las nuevas generaciones que tenían a su alcance la información de lo que sucedía en el mundo.

Para entonces, ya hecho un joven, Gabriel era el único al que le estaba permitido ir con los amigos, acudir a una que otra fiesta o llegar un

poco tarde a casa. Su padre le había concedido ciertas prerrogativas.

En plena adolescencia sintió una fuerte atracción por la historia y las actividades artísticas, -así se constata al ver que en esas materias obtuvo las mayores calificaciones-, así fue que se unió a un grupo de jóvenes, en la secundaria donde estudiaba, los cuales practicaban teatro y danza folklórica mexicana. Deseoso de conocer más sobre la temática, el grupo aquel dirigido por su maestro, decidió solicitar una plática con Virginia Rodríguez Rivera esposa para entonces del reconocido investigador del folklore, don Vicente T. Mendoza. Doña Virginia, al percibir el gran entusiasmo de Gabriel por el tema, lo invitó a acudir a diversas actividades al respecto y le recomendó lecturas. Años más tarde, durante sus estudios en la Preparatoria 1 de San Ildefonso, intercalaba su atracción por el conocimiento del folklore.

Don Mariano Moedano, su padre, le había insistido en que estudiara para contador público o abogado, carreras de notable prestigio para entonces, que auguraban un futuro promisorio, además de que don Mariano había trabajado largos años en un bufete de abogados, por lo que tenía buenas perspectivas para Gabriel, quien no muy convencido, ingresó a la Facultad de Derecho de la UNAM en 1957.

Sin abandonar su incursión en los estudios folklóricos y ayudando en diversas tareas a doña Virginia Rodríguez, continuó con la carrera de Derecho. Pero también le atraía el periodismo por lo que en 1958 se matriculó en la afamada Escuela Carlos Septién García, donde en 1960 concluye. Casi no se dedicó expresamente a esta profesión, sin embargo, fue secretario de prensa en la sociedad de estudiantes de Derecho en la UNAM, además de que siempre demostró su preocupación por escribir bien. Esto lo reflejaba en cada texto que hacía, pues lo revisaba repetidas veces, dándole un amplio margen de posibilidad a las palabras y a la sintaxis, para expresar con exactitud lo que él quería decir. Además, siempre le confirió a la prensa escrita una importancia peculiar como fuente de información.

Su amistad con doña Virginia Rodríguez lo condujo a relacionarse con el connotado maestro Vicente T. Mendoza, toda una institución en la investigación folklórica de México y aún de otros países. Cuando le fue presentado Gabriel por doña Virginia, don Vicente apenas esbozó una sonrisa; para él, Gabriel era un muchacho más interesado en el tema del folklore. Con el tiempo



Gabriel y Anita, compañeros de juegos, 1941.  
Archivo familiar.



Entre arbustos y nopales crecieron sus sueños, 1944. Archivo familiar.

y gracias a su tenacidad, Gabriel se convertiría en uno de los asistentes favoritos de los esposos Mendoza Rodríguez.

Antes de que finalizara la década de los cincuenta Gabriel había desistido de la carrera de Derecho. Su entrega a los estudios de folklore le absorbían demasiado tiempo, pues no se perdía las clases con la maestra Virginia, además de que ayudaba en varias tareas a don Vicente y participaba de lleno en la Sociedad Folklórica Mexicana que encabezaba el propio maestro. Así, cuando en 1959 ingresa a la Escuela Nacional de Antropología e Historia, le confiesa a su padre su decisión de abandonar la carrera de Derecho, pues no encontraba motivaciones en ella. Don Mariano acepta, pero le advierte que a partir de ese momento él se haría cargo completamente de sus gastos. Desde ese instante Gabriel iría construyendo su independencia de la familia.

En 1959 también se declara el triunfo de la Revolución Cubana, extendiéndose por todo el orbe la noticia de que en América se había logrado infiltrar el comunismo como parte del enfrentamiento entre los dos bloques en que se encontraba dividido el mundo. Este suceso también impactó de manera intensa a la clase intelectual, principalmente al sector de humanidades. Se da pues por aquellos años un flujo intenso de literatura y posturas identificadas con el socialismo. En este contexto, en muchos países principalmente de Europa y América, se manifiesta una abierta crítica al sistema capitalista por parte de varios sectores sociales, entre ellos el estudiantado, quien juega un papel preponderante.

Son los años sesenta cuando Gabriel Moedano hace mancuerna con sus grandes amigos de toda su vida: José de Jesús Montoya y Andrés Medina, estudiantes de la Escuela Nacional de Antropolo-



Descubriendo el mundo, 1945. Archivo familiar.

gía e Historia, con los cuales compartiría su autonomía de juventud en aquella época de grandes ideales, de utopías, de sed de libertad. Decidieron entonces rentar un departamento ubicado donde ahora se encuentra la estación del metro Chapultepec. Aquellos fueron años de máximo gozo, de bohemia, de sueños, de querer transformar el mundo, de hacer otra revolución en México, pues la de principios de siglo estaba bastante rebasada.

Los juegos Olímpicos de México en 1968 estaban próximos y las revueltas juveniles en nuestro país, como en otras partes del mundo, habían estallado; paradójicamente también era la época del amor y de la paz, de la “V” de la victoria, del cabello largo en los varones y de la minifalda en las mujeres, de las comunas *jipis*.

*Estas son las cosas  
que me hacen olvidar  
este mundo absurdo  
que no sabe a dónde va.  
Aleluya, aleluya, aleluya...<sup>4</sup>*

Un grupo de jóvenes, identificados plenamente con la izquierda, exploraban en la música una respuesta a su búsqueda de raíces. Era el florecimiento de la música de protesta que encabezaba Joan Baez, Serrat, Los Folkloristas, la cual se refugiaba en las peñas que pulularon principalmente por la Zona Rosa, tan querida y añorada de los años sesenta y setenta. Ahí cerca acudían a una en especial conocida como “El Pesebre” a escuchar los cantos latinoamericanos, los sones y los huapangos interpretados por una nueva ola de jóve-

<sup>4</sup> *Aleluya* núm. 1. El español Luis Eduardo Auté compuso esta canción que pusiera de moda la cantante Massiel en nuestro país en 1967.

nes que creían firmemente que a través de esos cantos recuperarían las raíces de lo mexicano. Fue en ese lugar donde frecuentemente se encontraba Gabriel con el joven Arturo Warman y su novia de aquel entonces Irene Vázquez, donde también acudían el gran Beno Liberman, Guillermo Bonfil, Poncho Muñoz y tantos otros amigos que compartían los mismos sueños.

Don Vicente T. Mendoza falleció en 1965 a los 93 años de edad, por lo que dos de las personas que siguieron su metodología para el estudio de las culturas populares fueron, efectivamente, su esposa, la Mtra. Virginia Rodríguez y el joven Gabriel Moedano, quienes se pusieron al frente de algunos cursos que el maestro dejara pendientes en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM.

Aunque la obra del maestro Mendoza fue bastante reconocida a nivel mundial hubo quienes juzgaran que sus estudios, basados netamente en la metodología del folklore, eran descriptivos y que poco ahondaban en el contexto histórico y cultural que da origen a las manifestaciones de la llamada cultura popular o folklore. Bajo esa coyuntura Gabriel Moedano defiende la postura de vincular los objetivos del folklore a la Antropología. Esta propuesta la asume él mismo y así lo evidencia en el tratamiento que le da a sus investigaciones, entre las que destacan las de religiosidad popular, la música, la danza, la narrativa y la gastronomía, las cuales concibe en su carácter de interdependencia sustentada por la cosmovisión y los contextos de los pueblos que las generan; es decir, como hechos de cultura. Los diversos artículos, conferencias y ponencias sobre santuarios, música tradicional y cultura afromestiza, así lo demuestran.

*Les voy a canta' un corrido  
de un caso que sucedió,  
en paraje' e Playa Blanca  
y un barco especial se hundió.<sup>5</sup>*

Desde finales de los años cincuenta Gabriel inicia sus encuentros con estudiosos de otros países sobre la temática que le entusiasma, así tuvo la oportunidad de conocer al renombrado folklorólogo chicano Américo Paredes, y visitó diversos centros académicos del sur de los Estados Unidos, fue profesor visitante en las Universidades de Austin en Texas y de Berkeley

en California. Estando en ese país tuvo la oportunidad de frecuentar las comunas *jipis*, donde también hizo varios amigos.

Inmerso en la investigación sobre la cultura afromexicana desde su temprana juventud y seguidor de los estudios realizados por Gonzalo Aguirre Beltrán, en los años ochenta intercambia puntos de vista con la investigadora cubana María Teresa Linares y con la venezolana Isabel Aretz. Asimismo viaja a Colombia invitado por especialistas en culturas de origen africano, ahí visita varias poblaciones de negros que le permiten establecer lazos comparativos con las similares en México. También dialoga sobre este tema con especialistas de Brasil y de algunos países africanos. En las postrimerías de la década de los setenta fungió como jefe del Departamento de Arte Popular de la SEP, instancia precursora de lo que posteriormente fuera la Dirección General de Culturas Populares; años más tarde sería nombrado jefe del Departamento de Música y Literatura Orales del INAH. Invitado por el Instituto Nacional Indigenista, en esta misma década recorre varias regiones del país como jurado de los festivales de música y danza indígenas organizados por esa institución.

Gabriel Moedano Navarro escribió más de 150 artículos, ese fue uno de sus principales medios para compartir sus experiencias, aparte de las buenas charlas con las cuales hacía gala de su excelente memoria y sus amplios conocimientos, quizás una manera de ostentar que la memoria es la principal fuente de la tradición y, como tal, él se asumía con este rasgo del hombre tradicional; displaciente de las tecnologías de la modernidad, hasta el último momento prefirió escribir sus textos a mano.

Toda generosidad y nobleza mantuvo siempre perplejidad por la vida, Gabriel Moedano supo cultivar amigos dondequiera; ajeno a disputas mezquinas, siempre se opuso a la violencia y a la guerra, imponiendo el uso del diálogo para dirimir diferencias en el plano intelectual, desafiando al adversario sólo con el poder del conocimiento. Sin lugar a dudas, él fue un hombre de su tiempo que llevó hasta los extremos posibles aquello por lo que creyó y vivió.

*Dichoso el día muy bello  
el día en que tu naciste;  
dichoso tu padre y madre,  
el padrino que tuviste.<sup>6</sup>*

<sup>5</sup> *El barco de la viuda*. Grabación de Gabriel Moedano en Roca Blanca, Oaxaca en enero de 1967.

<sup>6</sup> *Parabienes* ("Despedimiento" de angelito). Grabación de Gabriel Moedano en Tapextla, Oaxaca en enero de 1967.

## GABRIEL MOEDANO, EXPLORADOR GOZOSO DE INFRAMUNDOS

Andrés Medina Hernández \*

**G**abriel Moedano Navarro, fallecido el 23 de enero de 2005, fue un tenaz explorador que llevó la etnografía a extremos poco frecuentados; siguió caminos diversos, lo mismo las amplias avenidas de la academia establecida, como lo mostró con el temprano artículo sobre las ofrendas de la Fiesta de los Muertos –publicado en la revista *Folklore Americano* en 1961–, cuando tenía 22 años, y otros trabajos importantes que contiene su *curriculum vitae*, que las veredas sinuosas de los más diversos rumbos, como su clásico y erudito trabajo sobre el temazcal, que nunca publicó por sus afanes perfeccionistas, o los espléndidos artículos sobre los danzantes llamados “concheros” o “chichimecas”, dispersos en oscuras publicaciones (como su ponencia “La hermandad de la Santa Cuenta” presentada en la Mesa Redonda de Cholula). Pero también se lanzó, armado de una fina inteligencia y una precoz erudición, a las cavernas y cuevas de nuestra modernidad, pues fue un voraz lector de la literatura de la “onda”, comentarista entusiasta de Kerouac, de las novelas de ciencia ficción y de los más inesperados recovecos del esoterismo. Fue él quien me recomendó y prestó *El retorno de los brujos*, que leí con asombro y desconcierto desde mi romántico positivismo.

Conocedor profundo de las tradiciones líricas populares, lo que debía en buena medida por haber sido discípulo de los maestros Virginia Rivera y Vicente T. Mendoza, gozaba registrando y estudiando los corridos, conocía lo mismo las grandes tradiciones y los conjuntos clásicos de cada época que las variantes marginales, así como los matices regionales de los diversos estilos. Uno de los preciosos frutos de estas inquietudes fue el disco que preparó, para la Fonoteca del INAH, con sus propias grabaciones, sobre los corridos de la Costa Chica de la población afroestiza. La fotografía de la portada fue de la colección del propio Gabriel, por otro lado, un excelente fotógrafo, poseedor de un acervo ahora de importancia histórica, ya que hizo registros desde sus tiempos de estudiante. El

gusto por los corridos y por la música tradicional mexicana fue una experiencia que compartimos en muy diferentes situaciones, desde los recorridos en las regiones indígenas del país hasta el inframundo nocturno de la ciudad de México. El asistió a los concursos organizados por el INI en varias regiones, como jurado y asesor, actividad que compartió con otros especialistas, como Irene Vázquez, con quien tuvo una larga amistad y una colaboración en varios proyectos de investigación. Su gusto por las expresiones de la música popular le llevó en varias ocasiones a



Gabriel, Anita y Gerardo, 1946.  
Archivo familiar.

\*Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.





Gabriel Sergio Francisco fue su nombre de pila.

retardar sus viajes, como en aquella ocasión en que se dirigía a la Costa Chica, acompañado de José de Jesús Montoya, aquella vez llegaron temprano a la terminal de autobuses, en esa época sobre San Antonio Abad; se instalaron entonces en una fondita para tomar un refresco, cuando pasó un conjunto que cantaba corridos, le solicitaron varios (a Gabriel le gustaba retarlos pidiéndoles composiciones poco conocidas o muy antiguas) y como respondieron, y además tocaban bien, se embebieron tanto que perdieron su viaje, lo cual descubrirían horas después.

Por su cercanía con Vicente T. Mendoza, Gabriel conocía bien al Dueto Sandoval, que ilustraba en vivo las conferencias del maestro sobre la lírica tradicional mexicana; el dueto era una pareja de intérpretes inolvidable, la señora era bajita, rolliza, muy morena, de grandes trenzas enrolladas con listones en la coronilla, y tocaba el violín; él era alto, corpulento, blanco chapeado, de grandes bigotes y elegante sombrero de ala ancha, que tocaba el guitarrón; tenían un amplio repertorio y una extraordinaria cualidad interpretativa. Gabriel tuvo el buen gusto de llevarlos al departamento, que compartíamos con José de Jesús Montoya, cuando

presentamos nuestros respectivos exámenes de grado. Ese departamento, situado en un elegante edificio Art Decó que estaba en la esquina de avenida Chapultepec y Calzada de Tacubaya, lo rentamos los tres, Gabriel, José de Jesús y yo para dedicarnos a escribir nuestras tesis; situado en un primer piso, exactamente arriba de un conocido bar, La Casa Azul; ese departamento fue escenario de grandes fiestas y reuniones.

Como explorador de caminos fue también un asiduo peregrino de los santuarios tradicionales; en primer lugar era un devoto guadalupano que no se perdía la visita a la Villa desde el día once de diciembre, cuando se encontraba con los grandes generales de la danza de concheros, viejas amistades con quienes compartía el pan y el agua, así como aprendía las historias y los secretos de los rituales; cuando lo acompañábamos podíamos advertir el cariño con el que era recibido; de tal suerte que con frecuencia comenzaba los festejos de su cumpleaños, el día doce, en la propia Basílica de Guadalupe, en el abigarrado entorno de danzas y peregrinos, fervor extremo y tonos festivos.

Otro de sus lugares favoritos era el santuario de Chalma, al que lo acompañé en varias ocasiones; en una de ellas, cerca del árbol sagrado, a cuyo pie nace un arroyo y muy cerca de donde bailan los peregrinos primerizos con sus coronas de flores en la cabeza, nos encontramos a un vendedor de pulque, con las pequeñas barricas todavía en los lomos de sendas mulas; pedimos una muestra del pulque y comprobamos que estaba bueno, aunque un poco tierno, así que nos surtimos con una generosa ración, apuramos nuestros jarros y emprendimos la bajada al templo. Al penetrar en el inmenso espacio sagrado, lleno de gente, Gabriel sintió las punzadas de los efectos laxantes del pulque y regresó rápidamente en busca de un lugar para hacer del baño, lo que resultaba prácticamente imposible en el entorno lleno de gente, puestos y vendedores, así que con aullidos y el rostro desencajado nos lanzamos pendiente arriba buscando algún sitio adecuado. A estas alturas yo también padecía los efectos del pulque y buscaba con la misma ansiedad algún sanitario, la explosión parecía inminente a cada momento. En ese trance me acordé de la terminal de autobuses que estaba al comienzo de la pendiente, a donde dirigimos nuestros apresurados pasos, para finalmente dirigirnos a los sanitarios con muestras evidentes de agradecimiento por el milagro de haber resistido.

Otros santuarios visitados por Gabriel eran el de Atotonilco, en Guanajuato, y el de Juquila, en Oaxaca; a éste último acudió en alguna ocasión, según me lo narró, acompañado de Jorge Martínez Ríos, sociólogo oaxaqueño y gran amigo nuestro, que iba con su hermano. Como no habían encontrado donde hospedarse, pues el pueblo estaba abarrotado de peregrinos, tuvieron que quedarse en la calle; Jorge se quitó los zapatos y se los puso de cabecera, pero el cansancio del viaje le impidió darse cuenta cuando se los robaron; a la mañana siguiente tuvo que pedirle prestados los zapatos a su hermano y se dirigieron al mercado a conseguir otros, en medio de risas y maldiciones.

Con Gabriel acudí al hermoso santuario de Santa Cruz Tepexpan, en el Estado de México, luego de una recomendación de nuestra maestra Barbro Dahlgren. Situado en la punta de un cerro, la disposición de sus edificios y espacios recuerda mucho a Chalma; el camino para acceder a él es largo, pedregoso, aunque aliviado por vendedores de pulque que se ubican en lugares estratégicos; es un lugar visitado por otomíes y mazahuas, principalmente, y la llegada a la cima

reserva la grata sorpresa del paisaje y la presencia de numerosos grupos de danza. Volvimos al santuario años después, con los alumnos de la Universidad de California dirigidos por Guillermo Hernández, profesor del Departamento de Estudios Chicanos, y cuando Gabriel miró desde lejos el tamaño de la montaña no creyó que podríamos subirla otra vez, pero afortunadamente el pulque hizo el milagro de alentar nuestra fe.

Como maestro generoso y sabio que era, formó a muchos estudiantes y compartió con ellos datos, publicaciones, pistas de investigación; era un magnífico trabajador de campo, que disfrutaba de las conversaciones de la gente con la que establecía contacto; él mismo era excelente conversador, informado y cálido sabía despertar la confianza de sus interlocutores. Conocedor ilustrado de la diversidad gastronómica mexicana, sabía disfrutar las especialidades de cada región, conocía platillos y bebidas, incluso los lugares adecuados. Un resultado de esto es el *Atlas Gastronómico de México*, publicado en el INAH, que coordinó y en el que se recoge mucho de su amplio conocimiento del tema; una joya



La familia crecía... Gerardo, Azael, Anita y Gabriel, 1947.



Don Mariano Moedano con sus cuatro críos, 1948.

etnográfica no muy conocida desafortunadamente, en lo que tiene mucho que ver la modestia de Gabriel, interesado más en gozar la experiencia de la investigación y de la escritura que en cacarear sus resultados, aunque, como apuntamos, no era avaro con sus datos, y de hecho muchos de nosotros, y de otras gentes que se acercaban para pedirle orientaciones, fuimos beneficiados por su sabiduría y su generosidad.

La soledad que Gabriel se fue construyendo en los últimos años no le impidió explorar las vetas del nuevo esoterismo en sus caminatas matutinas por el Bosque de Chapultepec, ni la extraordinaria riqueza de las tradiciones botaneras y gastronómicas del Centro Histórico de la ciudad de México, de la Condesa y de la Zona Rosa, rumbo, éste último, donde vivía. Conocedor de los ambientes particulares de cada colonia, lo mismo los pomadosos que los marginales, todo era parte de vivencias personales y exploraciones etnográficas. En la vieja tradición de los estudiantes de antropología, cuando la escuela se situaba en la calle de Moneda, disfrutamos la “hora del amigo” en el “Río Duero”, en donde encontrábamos también a algunos de nuestros profesores, así como las tertulias en el Café Moneda, y ya encaminados, podíamos hacer diversas paradas técnicas, lo mismo en El Nivel, monumento histórico de las cantinas del centro, y al que Gabriel siempre tuvo entre sus favoritas, que en La Ópera

o alguna otra. En varias ocasiones caminamos la ruta desde el Centro Histórico hasta nuestro departamento de la avenida Chapultepec discutiendo diferentes cuestiones en las que conjugábamos lo personal con lo filosófico, la antropología con la literatura u otras cuestiones que nos apasionaban.

La mejor muestra de la amplitud de los intereses de Gabriel Moedano es su extraordinaria y enorme biblioteca, pues su sed bibliofílica lo llevó a visitar librerías de viejo que a entablar amistad con libreros que le conseguían las novedades o publicaciones raras, como el legendario Polo de la Librería Madero; en sus peregrinajes, en sus recorridos por diferentes partes, visitaba librerías, compraba folletos, guardaba revistas; su acervo tiene seguramente lo mejor de la bibliografía sobre folklore mexicano, pero también de la etnografía de muchos de los temas que cultivó, como la de los pueblos afroamericanos, las danzas, la etnografía mesoamericanista y muchos otros temas a que lo llevó su condición de explorador de inframundos. Su muerte ha sido una pérdida muy dolorosa para muchos de nosotros, sus amigos, pero lo es también para la comunidad antropológica, para los estudiosos de las tradiciones líricas mexicanas, de la etnomusicología y muchos otros campos que lo convirtieron en un polígrafo, floreciente y abierto al diálogo. Su gozo de explorador deja un aura, que es nuestra herencia viva.

# HASTA PRONTO, GABRIEL

Jesús Montoya \*

*...la vida pasó con esa gran premura...  
No fuimos conscientes de nuestro amanecer  
el tiempo se esfumó en el tropel de los días  
llegó de súbito el ocaso ... anocheció*

**T**odavía aparece muy fresca en la memoria la imagen del entonces muy joven Gabriel Moedano Navarro (1939-2005), cuando en ese lejano 1959 nos conocimos en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, ubicada todavía en el viejo local de Moneda 13, asiento ahora del Museo de las Culturas. Entonces iniciábamos la carrera de etnología y formamos un grupo inquieto y perdurable de amigos (Andrés Medina, Walter Hoppe –quien falleció prematuramente en Perú–, Juan Bonilla (+), que estudiaba antropología física, y el que esto suscribe). Pero sin duda, quienes por más largo tiempo continuamos la amistad y el compañerismo fuimos Gabriel, Andrés y un servidor (el grupo de las tres M, como solía decir con su peculiar sentido del humor la maestra Dalhgren).

Cuando Gabriel llegó a la escuela ya había hecho la carrera de periodismo, había estado también en la Facultad de Derecho, aunque su pasión era el estudio de las tradiciones populares (folklore o folklorología), y nos asombraba el bagaje de conocimientos que a la sazón manejaba, además de que era ya miembro de la Sociedad Folklórica de México, en donde destacaban personajes como Vicente T. Mendoza, Virginia Rodríguez Rivera, Fernando Anaya Monroy y José Castillo Farreras.

Durante la carrera siempre continuó con sus actividades relacionadas con su interés principal, y por su competencia en el tema participaba a menudo en ciclos de conferencias, impartía pláticas y cursos (que con posterioridad dictó en varias ocasiones como invitado en universidades de Austin, Texas y San Francisco, California), además era estrecha su relación con investigadores del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM.

Fueron muchas las ocasiones en las que hicimos recorridos o trabajo de campo juntos o con otros colegas. Entre los primeros recorridos durante las postrimerías de los años cincuenta viene a la memoria aquel que realizamos con Walter Hoppe y Andrés Medina a San Gabriel Chilac, Puebla, o aquella ocasión en la que cerca de Tetela de Ocampo, en la Sierra de Puebla –tierra por cierto de Juan Bonilla–, hicimos en un día una caminata agotadora de alrededor de 40 kilómetros. También por esas fechas Gabriel nos invitó a acompañarlo a la zona arqueológica del Tajín, así como a Tecolutla, Veracruz, lugares a donde llevó a sus alumnas de la Universidad Iberoamericana a unas prácticas de campo. En fin, aquel trabajo de campo a Huehuetla, Hidalgo, contiguo a la sierra de Puebla, ocasión en la que participaba la colega Noemí Quezada (+) y que por necesidad tuvimos que viajar a lomo de mula, cuando de pronto una de las mulas hizo un movimiento inesperado y como consecuencia uno de los miembros del equipo cayó al suelo (el que esto suscribe), quienes se asustaron fue Noemí y Gabriel, y aunque la caída fue aparatosa, no hubo consecuencias. Posteriormente, en un recorrido etnográfico por la Sierra de Puebla, nos vimos en la necesidad –Gabriel y yo– de trasladarnos en una pequeña y destaralada avioneta, y como

\*Centro INAH Zacatecas.





Doña Margarita Navarro, Gabriel, Ana María, Gerardo, Azael y Edgardo, 1949.

fue durante los días del airoso febrero, la nave parecía algo así como una mosca en medio de una tormenta, de tal forma que cuando el piloto logró aterrizar sentimos que acabábamos de nacer; la misma avioneta y su piloto constituían una pieza de museo: el operador siempre andaba de mal talante (seguramente con los nervios destrozados), y su nave estaba tan destartada que le fijaba las ventanillas y otras partes sueltas con cuerdas de ixtle; tiempo después supimos que el piloto y su singular avioneta sucumbieron en uno de sus temerarios recorridos.

En otra ocasión acompañé a Gabriel a uno de sus innumerables viajes que hizo por la Costa Chica de Guerrero, dominio de la población afrofromestiza, tan apreciada por él tanto por sus características físicas como por sus tradiciones y motivaciones en el comportamiento social. Recuerdo el placer de saborear los tamales de iguana (a los que bautizamos como “tamales de iguanodonte”), y algunas deliciosas variedades de pescado regional. A nuestro regreso –siempre por la ruta de Acapulco– y viajando en un pequeño Renault 6, modelo 1965, en una de las poblaciones –cuyo nombre de momento se me olvida– había un tronco atravesado en la carretera, que muy probablemente era para que el autobús de pasajeros no se siguiera de frente, pero que con la información que poseíamos acerca de la violencia regional y frecuencia de asaltos, pensamos que lo más conveniente era no hacer caso al mencionado

tronco, así que le imprimí velocidad al vehículo, y saltamos, como si estuviéramos en una competencia hípica.

Gabriel siempre fue un gran conocedor y degustador de platillos, y bebidas, sobre todo los de carácter tradicional, de tal forma que será difícil olvidar los innumerables brindis con pulque, mezcal, vinos regionales de frutas (como los de la Sierra de Puebla), y comidas como los tlacoyos, chinicuiles, escamoles, chapulines, pastes, y tantas más. Fueron muchas las ocasiones en que estuvimos en fondas o restaurantes de tradición tanto en el Distrito Federal como en otros lugares del país, y menciono sólo como ejemplo los caldos y antojitos de “Las Gordas” de Puebla, “Las Cazuelas” del Distrito Federal, y de aquí mismo el “Seps”, por el recuerdo que nos traían las notas y ejecución del piano por parte de nuestro malogrado y querido amigo Walter.

En fin, entre otras tantas facetas de la rica personalidad de Gabriel destacaré por último su virtud de gran conversador y su capacidad para escuchar y entender la temática que fuera, además de sus conocimientos siempre al día, que le hacían otorgar excelentes sugerencias sobre la problemática que le estuviera uno planteando. Si es muy difícil sustituir a los buenos y entrañables amigos, aún más aquellos que reunieron tantas virtudes como fue el caso de Gabriel, quien por ahora se nos adelantó en el camino hacia las regiones insondables.

# HOMENAJE A GABRIEL MOEDANO

Cristina Barros \*

**E**n los últimos años se han multiplicado las obras acerca de la cocina mexicana. Sin embargo, hay obras pioneras que se han convertido en fuentes indispensables de consulta. Es el caso del *Atlas cultural de México. Gastronomía*, publicado por la Secretaría de Educación Pública, el Instituto Nacional de Antropología e Historia y Grupo Editorial Planeta, en 1988.

Este es el primer y único intento hasta la fecha, de dar un panorama de la cocina mexicana por regiones. Junto con los otros trabajos que integran el *Atlas*, el de gastronomía se elaboró durante la administración de Enrique Florescano. La coordinación estuvo a cargo de Gabriel Moedano, quien había sido asistente de investigación de Vicente T. Mendoza y alumno de Virginia Rodríguez, estudiosa del folclore mexicano y una de las primeras investigadoras mexicanas que se interesó en el tema de la cocina como parte del arte popular.

La obra de doña Virginia, *La comida en el México antiguo y moderno*, reúne, por cierto, notas interesantes acerca de la historia de la cocina mexicana que le permiten mostrar la continuidad cultural desde la época prehispánica hasta su tiempo (el libro fue escrito en 1965). Ahí podemos encontrar descritas las costumbres alimentarias de distintas comunidades y de diferentes clases sociales.

El equipo coordinado por Moedano estuvo constituido, sobre todo, por antropólogos aunque también hubo historiadoras como Guadalupe Pérez San Vicente. Fue asistente en el proyecto Katrin Flechsig; Dolores Ávila fue redactora, correctora e investigadora, y a María Elena Estrada le correspondieron los aspectos secretariales; las tres fueron un gran apoyo, según refiere el propio Gabriel. Aunque el presupuesto para el trabajo de campo era reducido, siempre que fue posible se recorrieron los lugares para los que se contaba con poca o ninguna información.

La seriedad con que está hecho, lo convierte en un importante material de consulta para quien desee conocer las cocinas de nuestro país. Es

cierto que algunas cosas han variado, pero esencialmente la información conserva actualidad. Complementan gratamente este libro, los dibujos de Alberto Beltrán y sus mapas de las regiones, con los platillos e ingredientes que las caracterizan; partió de su amplio conocimiento de México. Hay también fotografías de un grupo de reconocidos fotógrafos.

En su introducción, Gabriel Moedano Navarro da un panorama de los enfoques con que en el siglo XX se había analizado la cocina en general. Continúa con un recuento de los datos que permiten reconstruir la historia de nuestras cocinas: “utensilios, restos de alimentos, semillas, granos de polen, coprolitos, representaciones en cerámica, códices, murales, restos óseos y crónicas”, son las fuentes para la época prehistórica y prehispánica. Para la etapa colonial menciona los trabajos de etnohistoriadores e historiadores, y



Un mundo por descubrir, 1949.

\*Investigadora de gastronomía mexicana.



Un orgullo de familia... eran los años 50.

finalmente para el XIX, los testimonios de cronistas, descripciones de naturalistas y viajeros, los recetarios y la obra de los escritores costumbristas.

Entre los primeros estudios ya en el siglo XX, están los que hicieron sobre todo autores extranjeros acerca del folklore mexicano en los años posteriores a la Revolución Mexicana, que incluyen alimentación y cocina. Nos comentó a Marco Buenrostro y a mí el propio Gabriel Moedano en una grata conversación, que el enfoque de estas investigaciones partía de la escuela finlandesa de antropología que enfatizaba la influencia del medio geográfico; también del llamado *folklive* o cultura popular total, que incluía necesariamente la vida cotidiana, y en ella, las costumbres en torno a la alimentación.

Es en la década de los cincuenta cuando se incrementan las investigaciones hechas por historiadores y por antropólogos; también menciona las obras sobre gastronomía de Alfonso Reyes y Salvador Novo. Considera importante la aportación de la especialista en folklore Virginia Rodríguez Rivera, y el trabajo de Raúl Guerrero sobre el pulque. De esa época es también el

estudio de Janet Long sobre el Chile, los trabajos monográficos que publicó el Museo Nacional de las Culturas Populares y diversos recetarios por estado.

Explica los propósitos de la obra, la manera en que se establecieron las regiones y cómo se divide la información en cada entrada: “comidas y bebidas de la vida cotidiana... ciclo de vida: en el bautismo, matrimonio y muerte.” Para el ciclo festivo se consideraron fechas del calendario católico: Cuaresma, Semana Santa, Todos Santos, Navidad y Año Nuevo, y algunas fiestas patronales; también se incluyen celebraciones relacionadas con el ciclo agrícola. Hay un glosario y una bibliografía. Se trata, escribe, de una “geografía de la cocina étnica de México” que no sólo toma en cuenta el aspecto gastronómico, “lo que conlleva el riesgo de caer en el etnocentrismo y elitismo, sino en su relación con cada una de las culturas populares y con la aguda realidad socioeconómica del país y sus necesidades de cambio.”

La amplia bibliografía que aparecen al final muestra el enorme esfuerzo que se realizó para obtener datos en trabajos de etnobotánica, en



monografías antropológicas, en trabajos de medicina y nutrición; están ahí también diversos recetarios que muchas veces sólo se localizan en los estados, libros de memorias, diarios de viaje; del propio Alberto Beltrán hay algunos artículos escritos en *El Día* acerca de algún ingrediente o platillo. En fin, todo tipo de material que permitiera extraer así fuera un pequeño dato para hacer un retrato fiel de nuestras cocinas. La amplitud del panorama permite ver también que debió haber entrevistas a compañeros que nacieron, vivieron o trabajaron en las distintas comunidades, y como ya dijimos, que se hizo trabajo de campo en la medida de lo posible.

Esto se hace evidente al leer el capítulo que le correspondió escribir a Gabriel Moedano: Región Pacífico Sur clasificación que abarca Guerrero, Oaxaca y Chiapas, zona con la que el autor estaba muy identificado. Sabemos por el mismo Gabriel, que él y otro muy querido amigo común, Alberto

Beltrán recorrieron con apenas unos pesos en la bolsa, pueblos y mercados, documentando amorosamente el texto, por un lado, y por otro, las imágenes de los mapas que acompañan al *Atlas*.

Recientemente elaboramos un ensayo acerca de la cocina de Guerrero y fue una delicia acudir al trabajo de Moedano. No sólo por los sabrosos guisos y preparaciones que despliega ante nosotros, sino por la riqueza de la información. Primero la ubicación geográfica; el señalamiento de que aun dentro de la región en general, cada estado tiene sus propias regiones. Y la íntima relación entre la naturaleza y las cocinas que en buena medida se abastecen de lo que la naturaleza ofrece; las culturas indígenas lo han sabido aprovechar tras años de observación y experiencia.

Ningún trabajo ha superado lo escrito por Moedano. De hecho se escribió *La comida familiar del Estado de Guerrero*, que es un recetario, una guía y un buen recetario de la cocina de Chilapa escrito con Magdalena Casarrubias Guzmán, que tiene notas que informan acerca de las celebraciones y otras costumbres de la zona. Dos recetarios más corroboran lo que Gabriel nos ofrece en sus más de cuarenta páginas: *El Recetario indígena de Guerrero* y *el Recetario de Chilapa y Tixtla*, ambos publicados dentro de la colección *Recetarios indígenas y populares*, que en el año 2000 publicó Conaculta.

Ahí vamos de las toqueras y los moles y barbacoas de Iguala y los jumiles de Taxco, a los pozoles y chilatequielies de la zona centro; del aporreado o aporreadillo hecho con cecina de Tierra Caliente, al pescado a la talla de la Costa Grande, sin que falten los numerosos tamales ni la mención de las ceremonias de petición de lluvia y las de Muertos con sus correspondientes comidas. La Montaña con su presencia mixteca, deleita con su huaxmole, además de los quelites e insectos de temporada.

En la Costa Chica están Acapulco (que hoy se ha constituido en una región un tanto artificial), Marquelia, Ometepec y Cuajinicuilapa (más conocida como Cuijla). Ahí podemos ver la presencia de los amuzgos y también de la tercera raíz, la negra; en ambos casos se integran a la comida numerosos vegetales, insectos, animales acuáticos y pescados. Queda en la memoria y para el antojo, el caldo largo, el pescado a la talla, los chirmoles, el relleno. De origen filipino son el *linogao*, postre de arroz sin leche endulzado con piloncillo o el arroz hervido, la morisqueta, con la que se acompaña muchas veces el plato fuerte.



Una niñez con descubrimientos internos, 1949.





Don Mariano fue muy reservado con sus hijos, 1952.

Para Oaxaca sírvanos esta probadita de los insectos locales en la pluma de Moedano:

“Entre los cuicatecos, la predilección por los chapulines, las chicharras (en La Concepción Pápalo) y las hormigas tostadas (en diversos pueblos), al igual que por los grandes gusanos de encino, revela antiguos patrones alimenticios. Otro tanto ocurre entre los pobladores de Santa María Ixcatlán que buscan los gusanos de madroño, en tanto que los usileños disfrutaban de las larvas negras de libélula (caballitos del diablo) a las que, después de quitar los palpos, las comen vivas, tostadas en el comal o fritas.”

Continúa la lista con los cucarachones de agua y las chinches de Huajapan de León, las avispas de San Antonio Nduyuaco y los gusanos de maguey de Nochixtlán. De Yalalag son los panales de larvas asados y las chicharras condimentadas con hoja de aguacate, chile y sal al gusto; también los chapulines.

El recorrido por Chiapas no es menos completo. La comida de los tzotziles y tzeltales, el

pozol, el pinol, la amplia variedad de plantas silvestres que llegan con las distintas estaciones del año y las cultivadas que les permiten el intercambio, La descripción de la petición de la novia con los presentes que incluyen, naturalmente diversas frutas, carne, tamales, maíz, chocolate, y el matrimonio con sus comidas especiales. La cocina de los ladinos y los coletos está presente también. Los Altos, Comitán, Tapachula, Tuxtla... el estado desgrana sus comidas y bebidas.

Un excelente trabajo es el *Atlas de gastronomía* en su conjunto, que agradecemos en verdad a Gabriel Moedano como mexicanos y como investigadores de nuestras ricas y diversas cocinas regionales cuya suma constituye una cocina nacional, que está sin duda, entre las más importantes del mundo. Sus aportaciones y su calidad humana, estarán siempre en el corazón y en la memoria.

14 de marzo de 2005

## GABRIEL MOEDANO, EL AMIGO

Jesús Monjarás Ruiz \*

**A** Gabriel Moedano lo conocí hace 22 o 23 años, cuando se desempeñaba como jefe de la sección u oficina, no recuerdo bien, de Música y Literatura Orales del Instituto. Hasta donde me acuerdo, creo que mi primera impresión sobre la compleja personalidad de Gabriel fue mas bien confusa. Sin embargo, pronto nos fuimos identificando en lo vivencial y lo académico, sentando así las bases de una amistad que sólo terminaría con la llegada del benéfico descanso de todos los males que lo aquejaban y le impedían disfrutar de muchos, en su mayoría pequeños, pero para él indispensables placeres que le encantaban, como disfrutar una buena comida o tomar una copa con los amigos. En este sentido, en la medida de lo posible, Andrés Medina –quien junto con José de Jesús Montoya fueron sus amigos de toda la vida –buscó hacerle más llevadera esa difícil etapa.

Tengo muy presente que incluso en los momentos más difíciles Gabriel, como lo hizo siempre en sus buenos y sanos tiempos, nunca dejó de pensar en los innumerables y, de alguna forma agobiantes, compromisos académicos que se echaba auestas, en primer lugar por su deseo de compartir sus variados conocimientos y experiencia en los temas que manejaba, aunque también por dejar de aceptar que en el español existe la palabra no. Característica de su forma de ser a la que, según entiendo, se unía su firme convicción de hacer suya la idea de “papelitos para qué”. Generoso con su sabiduría y como parte de su gran calidad humana, siempre aceptó participar en todos los eventos a que lo invitaban, de igual manera que asesoraba a quien se lo pidiera, o sea, que siempre estuvo dispuesto a colaborar. Aunque a veces el tiempo le jugaba malas pasadas y no le permitía cubrir a cabalidad su ajustado calendario de trabajo.

Una de las últimas ocasiones en que lo vi, fue cuando se le ofreció un merecido homenaje en la Feria del Libro de Antropología en 2004. Me

encantó verlo disfrutar el momento compartido con sus parientes, en especial con su hermana Ana María (ella y su familia dieron apoyo y asilo a Gabriel desde el inicio de su enfermedad) y muchos de sus amigos. Creo poder afirmar que, para Gabriel esos momentos contribuyeron a darle la certeza de que todos sus esfuerzos habían valido la pena. Aquí cabe destacar los buenos oficios, la amistad y la ayuda de Benjamín Muratalla, director de la Fonoteca del INAH, quien siempre apoyó a Gabriel en todo lo que le fue posible.

Cuando en el INAH desaparecieron la oficina que estaba a cargo de Gabriel, estuvimos juntos en la Dirección de Etnohistoria, donde si bien se suponía que terminaría su investigación sobre el Temazcal, considerado como un medio terapéutico en el mundo prehispánico, sus intereses en los concheros y, sobre todo, en la población afro-mestiza de la Costa Chica se lo impidieron.

Nacido un 12 de diciembre Gabriel, desde mi punto de vista, fue un convencido seguidor y estudioso de los aspectos más bien populares que religiosos de las celebraciones guadalupanas. De ellas comentaba sobre todo sus encuentros con sus múltiples conocidos o amigos de los diferentes grupos de concheros y con muchos otros amigos que compartían su asiduidad a la Villa los 12 de diciembre.

Juntos participamos en diversos eventos de entre los que recuerdo en especial una de las veces que fuimos a Tepic cuando, gracias a un decreto, ya se había establecido la, hasta ahora desconocida, localización de Aztlán.

Muchas son las anécdotas que podría contar de mi amistad con Gabriel, sin embargo, para terminar, lo que más quisiera resaltar es la solidaridad a toda prueba que me mostró en dos ocasiones: la muerte de mi madre y mi último divorcio; en ellas tuve el privilegio de conocer aún más su gran calidad humana.

---

\*Centro INAH Morelos.



La tía Esther, la prima Judith, la abuelita Petra, la Sra. Margarita y Gabriel, 1940.

## A GABRIEL<sup>1</sup>

Amparo Sevilla \*

**B**ueno, buenas tardes, yo quiero agradecerle a Benjamín el haberme invitado a esta reunión de amigos y de gente que queremos entrañablemente a Gabriel, porque esto me permite decirle en alto y en público todo lo que lo estimo y todo lo que aprendí de él.

En aquellos años se pensaba que todo era posible, desde lograr el derrumbe del capitalismo y con ello el mal gobierno en México, además del derrocamiento de las otras presencias derivadas de la propiedad privada, que se observan en las relaciones familiares y amorosas. Este impulso libertario, estaba en el aire a pesar de que había sido reciente la terrible masacre del movimiento estudiantil del 68 y años más tarde la del 10 de junio.

Estoy hablando del inicio de la década de los setenta, hace ya casi 35 años, época en la que tuve el privilegio y la gran suerte de conocer a mi maestro Gabriel Moedano. Tal fortuna se debió al hecho de que yo formé parte de un grupo de amigos que tuvieron a bien presentármelo en medio de una especie de tertulia inolvidable. Quisiera comentar como anécdota que en esos tiempos, ya tiempos pasados, uno podía conseguir trabajo de esta manera en una tertulia, por lo que al conocer a alguien tan extraordinario como Gabriel me acerqué tímidamente siendo alumna de Antropología y le dije que a mi me interesaba mucho investigar la danza tradicional, él me respondió muy amable que pasara a verlo, que platicáramos y que si me gustaba el ambiente de trabajo, con mucho gusto me aceptaba entre su equipo de investigación.

Esto ahora es inimaginable, impensable, tenemos que esperar a que se mueran no se cuántos investigadores, y pues sabemos todos que este panorama de la posibilidad de poder investigar se cierra cada vez más, por esto, yo tuve la gran suerte de conocer a Gabriel, quien generosamente me invitó a colaborar con él. Gabriel, en ese entonces, era el director del Departamento de

Investigación de las Tradiciones Populares, que formaba parte de la Dirección de Arte Popular, dirigida por nuestro también querido maestro Alberto Beltrán.

En aquellos años había un equipo de investigadores todos ellos, estoy segura, que me nombrarían y estarían de acuerdo en que yo diga estas palabras a nombre de todos, a Gabriel, porque todos aprendimos mucho de él. Entre nosotros estaba Hilda Rodríguez, Laura Saldivar, Ernesto



\*Dirección General de Vinculación Regional, CONACULTA

<sup>1</sup> Palabras de la Dra. Amparo Sevilla, Directora de Vinculación Regional del Conaculta, expresadas durante el homenaje al Mtro. Gabriel Moedano Navarro, llevado a cabo en septiembre de 2004 en el auditorio Jaime Torres Bodet del Museo Nacional de Antropología.

Nieto, Arturo Chamorro, Enrique Rivas Paniagua, Lilian Sheffer, Maricarmen Mendoza, Axel Ramírez y muchos otros compañeros que, por desgracia, ahorita, por los nervios no recuerdo sus apellidos, pero todos fuimos dirigidos en dos proyectos de investigación que nos formaron y que sentaron las bases para la investigación en arte popular.

Los proyectos se realizaron respectivamente en Tlaxcala y en Guanajuato, en ambos participamos varios de los que trabajábamos con él. Gabriel nos tuvo mucha paciencia, porque la mayoría éramos novatos, pero demostrábamos mucho interés y compromiso; nos enseñó algo que cuesta mucho trabajo, no todos lo hemos logrado, que es el rigor académico y un profundo amor por la cultura de nuestro país. Con él, además de haber tenido la experiencia de adentrarme en el

ámbito antropológico, que fue, pienso yo, la verdadera escuela –además de la Escuela de Antropología e Historia de la cual soy egresada–. Si yo no hubiera tenido esta posibilidad de trabajar intensamente en el campo gracias a la invitación de Gabriel, creo que hubiera sido muy deficiente mi primera etapa. Gabriel nos enseñó cómo observar las danzas, cómo escuchar la música, cómo aprender a comer en el campo; aprender a moverse, aprender a respirar y estos legados son verdaderamente invaluable. Él nos abrió un camino que seguimos algunos, en donde obtuvimos el sentido de la vida.

Es precisamente en este camino y en este largo andar donde sabemos que siempre estaremos juntos.

Muchísimas gracias Gabriel.



Gabriel y sus amigos en las milpas de Azcapotzalco, 1947.

## ALGUNAS REMEMBRANZAS EN TORNO AL MAESTRO GABRIEL MOEDANO

Norma Lazcano Arce \*

**E**n la década de los años ochenta, la Escuela Nacional de Danza Folklórica del Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, promovió con mayor incentivo y cobertura, un programa de titulación orientado a todos aquellos egresados de esta especialidad para que realizaran trabajos de investigación y pudieran titularse como profesores de Danza Folklórica.

De mi generación de danza fuimos ocho los interesados en estar en este programa, para lo cual, la entonces directora de la escuela, la profesora Rosalinda Ortegón, nos convocó a una reunión donde se habló de la posibilidad de trabajar con un investigador interesado en esta área, por lo que se hizo la invitación al antropólogo Gabriel Moedano, persona que por todas sus ocupaciones veíamos pocas posibilidades de contactarlo y de que accediera a nuestra petición.

Así, después de varias *plegarias a San Gabriel*, el antropólogo nos concedió una cita y nuestra primera reunión de trabajo se realizó en su departamento de la colonia Condesa... y fue muy importante, ya que debíamos presentarle un proyecto muy bien definido, de lo cual aún no teníamos una idea muy clara. Por ende, él accedió a trabajar con nosotros y tuvimos varias sesiones en su casa, que más que casa, parecía una biblioteca en donde se encontraban todo tipo de libros, revistas, periódicos y documentos inéditos e interesantes, en sillas, libreros, mesas, piso, etc. y desde que uno entraba en ella, la impresión era tal, que uno se admiraba de ello y la atracción era tan vasta que podrían pasarse las horas ahí, viendo y leyendo sin que se diera uno cuenta del tiempo transcurrido.

Las charlas que tuvimos con el maestro siempre fueron agradables, pero sobre todo de una riqueza inagotable, pues era asombrosa la información que manejaba en relación con las danzas y bailes tradicionales mexicanos. Sus anécdotas sobre las salidas de campo siempre estaban llenas



Gabriel por las calles de la ciudad de México, 1945.

\* Licenciada en Etnología de la Escuela Nacional de Antropología e Historia y profesora de la Escuela Nacional de Danza "Nelly y Gloria Campobello".

de enseñanza, por eso, desde que conocimos al maestro Moedano iniciamos un aprendizaje que se mantuvo en todo momento.

Lo paradójico es que el grupo de los ocho compañeros se iba reduciendo poco a poco por problemas personales y el maestro, con buen humor nos cantaba la canción:

*...Yo tenía ocho perritos, de los ocho que tenía, uno se comió un juguete y nada más me quedan siete, de los siete que quedaban, uno se paró al revés y nada más me quedan seis, de los seis que me quedaban, uno se mató de un brinco y ya no más me quedan cinco, de los cinco que tenía, uno se metió a mi cuarto y nada más me quedan cuatro, de los cuatro que tenía, uno se lo di a Andrés y ya no más me quedan tres, tres, tres,...*

Y así quedamos por un tiempo sólo tres compañeras, que trabajamos durante un año y medio aproximadamente, registrando danzas tradicionales que eran ejecutadas en diversas fiestas patronales, tanto del Distrito Federal como del Estado de México. Para esto el maestro nos enseñó cómo llevar a cabo el registro de danza y en qué forma capturar la información, de manera que la pudiéramos ordenar y analizar adecuadamente y determinar si era esa la danza que debíamos investigar. Asimismo, recuerdo que su recomendación primordial para establecer las relaciones con los informantes era que siempre debería de ser de poco a poco, como el de *una pareja donde uno corteja al otro y crean ese romance que da confianza y acercamiento*, para que la comunicación fluyera de manera espontánea y rica.

De esta forma, llegamos a seleccionar una danza de estudio llamada la *"Danza de Indios"*, género dancístico generalizado por toda la región del Bajío, aunque ésta también se realizaba en el Estado de México, lugar donde la vimos por primera vez. Con base en esto, discutimos el hecho con el maestro Gabriel y él nos comentó que si era una danza muy importante para nosotras, aunque los inconvenientes de la lejanía y sacrificios económicos eran mayores, que siguiéramos adelante y que él nos seguiría asesorando, ya que era una zona de estudio de él con relación a los otopames. Esto enriqueció el trabajo muchísimo, porque a la par que íbamos registrando nuestra información, colaborábamos con él en algunas cuestiones que le interesaban, así intercambiamos comentarios e información al respecto, por lo que pudimos contribuir un poco en su trabajo de investigación de

esta zona; además de que sus asesorías siempre fueron muy atinadas.

Por circunstancias adversas continué sola la investigación y el maestro me siguió ayudando y... (siguiendo con su buen humor) cantando la canción:

*...yo tenía tres perritos, de los tres que me quedaban, uno se enfermó de tos y nada más me quedan dos, de los dos que yo tenía, uno se murió de ayuno y nada más me queda uno, uno, uno, ...*

Las asesorías se realizaban en su oficina que quedaba en la calle de Córdoba, otras en el Sanborns de San Ángel y más adelante en su oficina ubicada en el Museo del Carmen. Como todo buen periodista, era siempre muy detallista en la redacción, pero como antropólogo cuestionaba sobre todo las ideas planteadas en el



Abanderado en la Secundaria, 1952.





Con una amiga por las calles de la gran ciudad, Ca. 1959.

escrito de una manera muy diplomática, de tal forma que uno no se sintiera mal, aunque estuviera diciendo barbaridades. La segunda parte del trabajo lo asesoró también, el Doctor Fernando Nava, colega y amigo del maestro Gabriel, por lo que resultó muy provechoso para que yo me titulara como profesora de Danza Folklórica.

Posteriormente a ese trabajo, siendo estudiante de Etnología, seguí viendo al maestro como ponente o conferencista en diversas mesas donde se planteaban temas sobre danza, antropología, etnomusicología, tradición oral o la cultura afro-

mestiza, entre otros temas, que eran organizados por Culturas Populares, el Instituto Nacional de Antropología e Historia o por el antiguo Instituto Nacional Indigenista, etc. Cuando realizaba mi servicio social en el Departamento de Etnografía del Museo Nacional de Antropología e Historia nos encontramos en varias ocasiones, ya que el trabajaba en el Departamento de Etnohistoria del Museo y, en ese tiempo, el colegio de Folklore de la Escuela Nacional de Danza Nellie y Gloria Campobello propuso al maestro para que diera un curso sobre Folklore Mexicano, dirigido a todos



los maestros de danza folklórica del INBA y otros interesados, pero desgraciadamente por las diversas ocupaciones del maestro nunca se pudo realizar, situación que lamentamos porque pudo ser un gran aporte para el gremio dancístico.

Otro encuentro con el maestro fue cuando era yo integrante de la Compañía de Danza Folklórica de la UNAM, donde asesoró a la coreógrafa Colombia Moya, directora del Departamento de Danza de la UNAM y de la citada Compañía, en el montaje coreográfico de la Danza Azteca y de los Concheros. Como investigador de este género, junto con los capitanes de la danza Andrés Segura y Cruz Hernández, compartieron su información con la coreógrafa y bailarines y, después de observar el montaje, comentaron que no se debería transgredir ciertos cánones de la danza, como el ejecutar la música en tiempo muy rápido, o el de romper con el círculo de la danza, pues al no respetarla, podría caer la “maldición conchera”. Por supuesto se tomó sin importancia y con incredulidad; pero lo curioso es que después de esto, hubo varios sucesos y accidentes en la Compañía, posteriores a esta recomendación.

Como profesora de la Escuela Nacional de Danza Nellie y Gloria Campobello del INBA, asistimos, las profesoras del colegio de folklore y los alumnos de la especialidad, a las presentaciones de los diferentes fonogramas del INAH donde participó el maestro Moedano. Esto lo consideramos importante porque el tener contacto con los investigadores y recibir la información actualizada de manera didáctica de los géneros estudiados, tanto musicales como dancísticos, ayuda a que los alumnos completen su formación, dado que, como se presentan en vivo los grupos musicales, permite que los alumnos puedan participar bailando en estas presentaciones, y les ayuda a poner en práctica los conocimientos dancísticos adquiridos. Algunos egresados de la escuela participaron en el homenaje que se le hizo al maestro, en el Museo Nacional de Antropología e Historia. Asimismo, para los alumnos de la Nellie Campobello es indispensable leer, en la asignatura de Historia de la Danza Tradicional en México, su artículo “El folklore como disciplina Antropológica” (1963), pues como futuros docentes en danza folklórica resulta de mucha utilidad. Para este tiempo mi relación con el maestro pasó a ser, la de amigo, pues ya tenía esa confianza para tutearlo –aunque lo seguía viendo con respeto como mi maestro– y en ocasiones me recomendaba a personas que llegaban a él preguntando sobre danza, lo que me parecía un halago.

El último acercamiento que tuve con el maestro fue con mi proyecto de tesis de licenciatura en Etnología, en relación con un tema que manejaba sobre las artesanías en México, pues como él se desempeñó en los años setentas como jefe del Departamento de Investigación de las Tradiciones Populares de la Dirección General de Arte Popular, fueron muy ricos sus comentarios y sugerencias al respecto, además de contar con sus correcciones de estilo. Por su estado de salud, solamente podíamos comunicarnos por teléfono y platicar. Como se fueron suscitando las cosas, pude hacerle llegar mi tesis a través del etnólogo Benjamín Muratalla para agradecerle nuevamente su infinita ayuda.

Ha sido muy grato recordar algunas anécdotas en relación con el maestro y amigo Gabriel Moedano, pues sin su enseñanza no hubiera estado completa mi formación profesional, por eso la valoro infinitamente. Y así fue para muchos otros casos, porque lo que dejó es un gran semillero de gente interesada en la investigación de la danza y baile tradicional mexicano y esto se debe a su gran interés y tenacidad que proyectó siempre en relación con la investigación antropológica en México.



Estudió Periodismo en los años 50.

# GABRIEL MOEDANO

Marco Buenrostro \*

Viajar por el campo de México y apreciar las expresiones culturales de las diferentes etnias originarias del país, ver sus fiestas, acompañarlos en su trabajo diario, entender el ciclo ceremonial y su relación estrecha con la agricultura sólo se puede hacer con una mirada sensible y cálida como la que Gabriel Moedano trasluce en sus trabajos.

Lo conocí personalmente junto con Cristina Barros, hace apenas unos años. Fue un placer unir la imagen que uno crea cuando lee sus trabajos con la del autor. La breve conversación en su oficina del área de musicología del Instituto Nacional de Antropología e Historia, también me hizo recordar los vínculos de amistad profunda con otras personas como Alberto Beltrán.

Y recordar la época en que los transportes y las comunicaciones del país eran otra cosa; no quiero decir que los esfuerzos fueran épicos, pues siempre es grato trabajar en lo que a uno le gusta, siempre es agradable encontrarse con los mexicanos de otros lugares, conocer sus costumbres, compartir la comida, probar nuevas preparaciones en las casas abiertas generosamente, de indígenas y campesinos.

Ver lo que se vendía y comer en los mercados, pasar horas y días observando a los artesanos y creadores populares, como trasforman materiales de su entorno en sus modestos talleres y con sus herramientas hechas por ellos mismos producen magníficas obras de arte. Escuchar sus conversaciones aunque no entendamos plenamente las lenguas indígenas era y es gratificante.

En aquel tiempo, y no tiene muchos años de esto, todavía había en el país áreas que en los mapas aparecían como inexploradas, por ejemplo, la zona del filo mayor de la Sierra Madre del Sur en Guerrero y una zona cercana al cañón del Infiernillo no estaban mapeadas a detalle, aun cuando allí habitaba un buen número de mexicanos. Las travesías a caballo y pie eran frecuentes y si había suerte se podía uno acercar en un vehículo todo terreno, como llaman ahora a los *jeeps*. Siempre el estar ahí costara lo que costara,

era un reto amable. Así lo muestran los resultados que obtuvo en sus investigaciones Gabriel Moedano. Registrar cuidadosamente datos, fechas, eventos, letras de canciones y su notación musical, fue trabajo conocido y frecuente en su vida. Mi propio trabajo en los inicios de la Comisión del río Balsas, me permitió conocer y compartir con grupos en los que participaron antropólogos, médicos sanitarios, sociólogos, ingenieros, educadores y otros especialistas. Es por ello que puedo imaginar la labor de Moedano.

Casi lo puedo ver cuidando el equipo de grabación más que a sí mismo, no para que no se perdiera, sino para que llegará en perfectas condiciones al lugar de la grabación. Así lo hicieron seguramente sus maestros. Y luego en el pequeño estudio de edición y en la oficina donde lo entrevistamos, escribiendo y haciendo los registros y



También se matriculó en la ENAH en los 60.

\*Investigador de gastronomía mexicana.

trámites correspondientes para que el material perdure en buen estado.

Otro de los aspectos a los que ha dedicado parte de su vida profesional, es la investigación de la cocina tradicional de las comunidades. Son paso obligado para entender la cocina de algunas áreas del país en donde él trabajó directamente. Para Guerrero, por ejemplo, hace un extenso recorrido en el *Atlas de gastronomía*, por los múltiples usos del maíz. Tostado y molido para hacerlo pinole; también en granos como bastimento de viaje. Por sus cualidades, las mazorcas de color negro o rojo, una vez hervidas y secas, se guardan para ser consumidas en el curso del año. Hay tamales de elote, de maíz camahua, de maíz maduro, y entre ellos, los que se preparan rellenos con salsa verde o roja. Los dulces llevan panocha, nombre con el que regionalmente es conocido el piloncillo. Otros se enrollan con una capa de frijol; son iguales a los que se describen en el *Códice Florentino* y se acompañan con atole, que es otra preparación de maíz.

Hay tamales de piña o capulín, y de otras frutas de la región. Entre los de sal, hay los que llevan carne cruda, misma que se cuece en la vaporera junto con la masa del tamal. Los que se elaboran con ceniza, se llaman nejos (de nextli, ceniza en náhuatl). Menciona también los que se

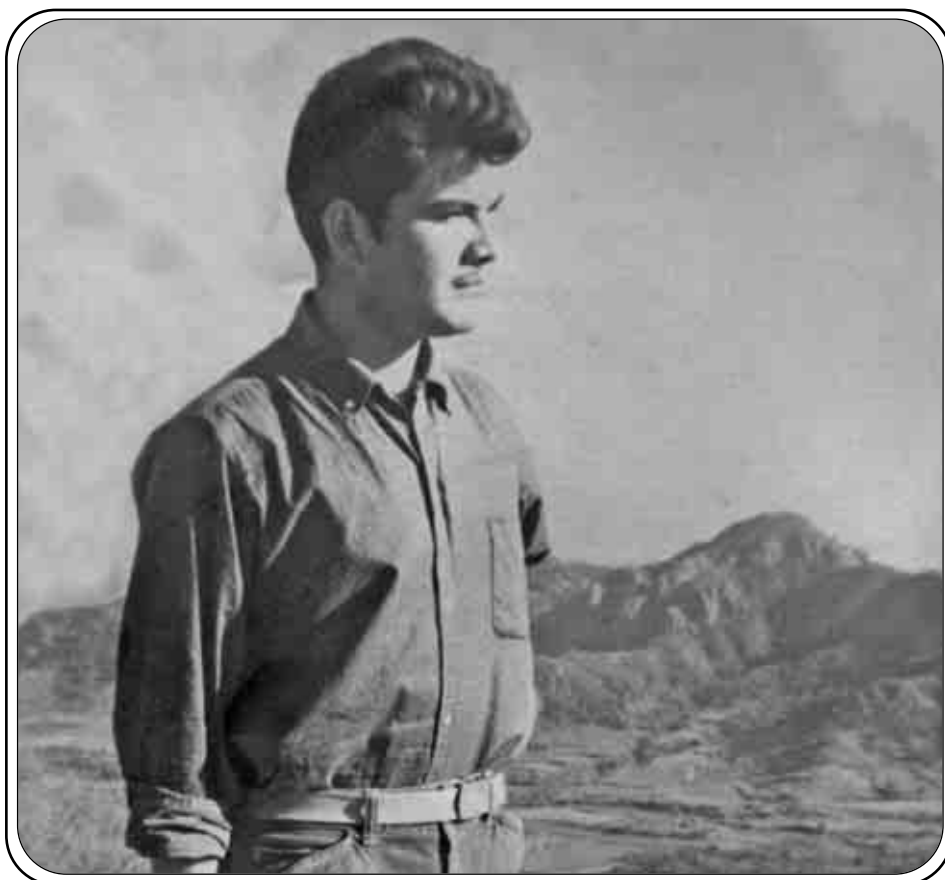
hacían con carne de iguana y los que llevan sochipal, que es una flor regional; los uchepos de maíz tierno que se envuelven en hoja verde de la planta del mismo maíz, son otra variedad de tamales.

Entre las formas preparadas con masa o harina de maíz, hay tlaxcales triangulares en cuya preparación se utiliza maíz camahua, esto es, antes de que este recio. Los tlaxcalitos se comen en el valle de Cocula, cercano a Iguala; se hacen con maíz amarillo de grano fino y se aderezan con queso de Juchmilpa. También hacen gorditas con diferentes rellenos que se les ponen antes de cocerlas en el comal. El pozole se hace con otro tipo de maíz, el cacahuacintle, y está presente en todo el estado.

Tan solo este extenso recorrido, muestra el conocimiento del investigador. Lo imagino anotando sus datos en Tierra Caliente, mientras espera que le preparen otra gordita con queso asadero o sirviéndose salsa de ciruela en una tortilla recién hecha en el comal.

Gabriel Moedano, a quien dedicamos este amistoso homenaje, fue un distinguido mexicano, es un ejemplo en el trabajo creativo y en su entrega profesional.

Gabriel, un abrazo cordial.



Horizontes de reflexión, Ca. 1959.

## GABRIEL MOEDANO

Katrin S Flechsig \*

*No te preocupes de la muerte  
Una vez que estés allí  
Porque está sin huella  
Sin tener huellas a seguir  
Descansarás donde estés  
Dentro de la esencia*

—Jack Kerouac, *Mexico City Blues*

Gabriel Moedano y yo nos conocimos en 1984 cuando me contrató como su asistente de investigación, junto con Dolores Ávila, para el *Atlas cultural de México: Gastronomía* (SEP/INAH/Planeta 1988), del cual fue editor. Él dirigía el Departamento de Música y Literatura Orales del INAH y había sido elegido como compilador por su conocimiento y aprecio de la “coquinaria, yantares y bebidas mexicanas” (en palabras de Manuel B. Trens). Todas las semanas me dejó instrucciones, con su letra singular sobre una ficha, acerca de un nuevo archivo para consultar o revisar un libro para ir engrosando un fichero sobre la comida popular. Todavía le estoy agradecida por la confianza que mostró al encargarme a mí uno de los capítulos del libro, cuya investigación fue una de mis primeras experiencias de campo.

Los tres nos reuníamos para trabajar sobre el *Atlas* dos veces a la semana, ya sea en un cubículo del INAH en la calle de Córdoba 45, o en algún restorán de raigambre. Nos introdujo al Kú-Kú, el bar que frecuentaba Jack Kerouac cuando pasó por la ciudad de México en los años cincuenta, y que según su gran amiga Imelda de León, era la “segunda oficina” de Gabriel, siempre aficionado de los escritores de la generación *beat*.

Cuando terminó mi contrato en el INAH, nuestra amistad continuó, y nos citamos memorables veces para conversar en algún restorán o cantina, donde él solía conocer a los meseros por nombre. Así fuimos a La Ópera—antes conocido como “El Oeste”—donde él y los amigos en sus días estudiantiles, cuando la ENAH estuvo donde ahora

está el Museo de las Culturas, iban por una cerveza después de las clases. Fuimos al Noche y Día, el Café Tacuba, la Fonda Don Chon, Miguel’s, el Bar Chapultepec, la Posada del Charro, para comer platillos libaneses, árabes o mexicanos. Gabriel tenía mucho de caballero a la antigua. Me acuerdo que instruyó a un mesero que trajera los platos de la comida corrida lentamente para que pudiéramos platicar por horas. Era muy agradable sentirme bañada en su atención. Alguna vez, al despedirnos en el metro Insurgentes, me enseñó el preciso lugar donde la curva del techo amplifica el habla.

Más de lo que Gabriel me podría mostrar, me fascinaba su conversación. Era uno de los hombres más inteligentes que he conocido. Platicaba con intensidad y calor mientras escrutinaba a uno directamente con los ojos debajo de cejas agudas.



Con don Vicente T. Mendoza, Ca. 1960.

\*University of Texas, Austin.



Con doña Margarita, Ca. 1968.

Barbudo, se vestía impecablemente en traje khaki de antropólogo, con botas cómodas y mochila de piel. Me sentí halagada al escuchar el fluir rápido de sus palabras, aunque a veces me costó trabajo interpretar lo que decía. Hablaba un lenguaje culto, enriquecido por metáforas, sinónimos triples y palabras de caló. Incluso sacaba de repente frases idiomáticas en inglés: unos escarabajos que vimos le recordaban de los “cooties”; si alguien me caía mal, “¿Te dió bad vibes?” Que viera a mi nuevo trabajo “con alpha waves.”

A Gabriel le encantaban los libros, las colecciones y la fotografía. Le acompañé a veces a las ferias internacionales del libro. Como discípulo directo de Vicente T. Mendoza y Virginia Rodríguez Rivera, Gabriel había heredado el cuidado de la biblioteca de la Sociedad Mexicana del Folklore. Me acuerdo que causó gran preocupación cuando muchos de los libros cayeron de sus estantes en el terremoto de 1985. Las setenta y cinco cajas de libros que tendría que bajar de su departamento en el quinto piso sirvieron, además, como pretexto para no mudarse de la ciudad de México en

los años ochenta, a pesar de que la contaminación del aire le hacía daño al corazón y el gobierno fomentaba la descentralización a las ciudades de provincia.

Como muchas personas inteligentes, padecía angustias que estorbaban su felicidad. Los males reales o imaginarios que le acechaban resultaban a veces en fobias y parálisis en su vida personal. Tenía miedo a los perros desde una ocasión en que uno lo atacó; su cardiólogo era uno de sus amigos más cercanos; nunca aprendió a manejar un automóvil. Los ruidos en la línea telefónica le ponían nervioso, su fuerte compromiso político, al decir “hay moros en la costa” no era un simple chiste. Sintió como un gran peso las tareas burocráticas que exigía su trabajo en el INAH. Las obligaciones drenaban su energía. Se quejaba de los investigadores que querían “todo peladito y a la boca”. A la vez, su labor como escritor le obsesionaba por el perfeccionismo acucioso que él mismo se impuso. Si yo lo quería citar, muchas veces escuché una letanía: “María Elena [su secretaria] va el lunes, así que yo también tengo que



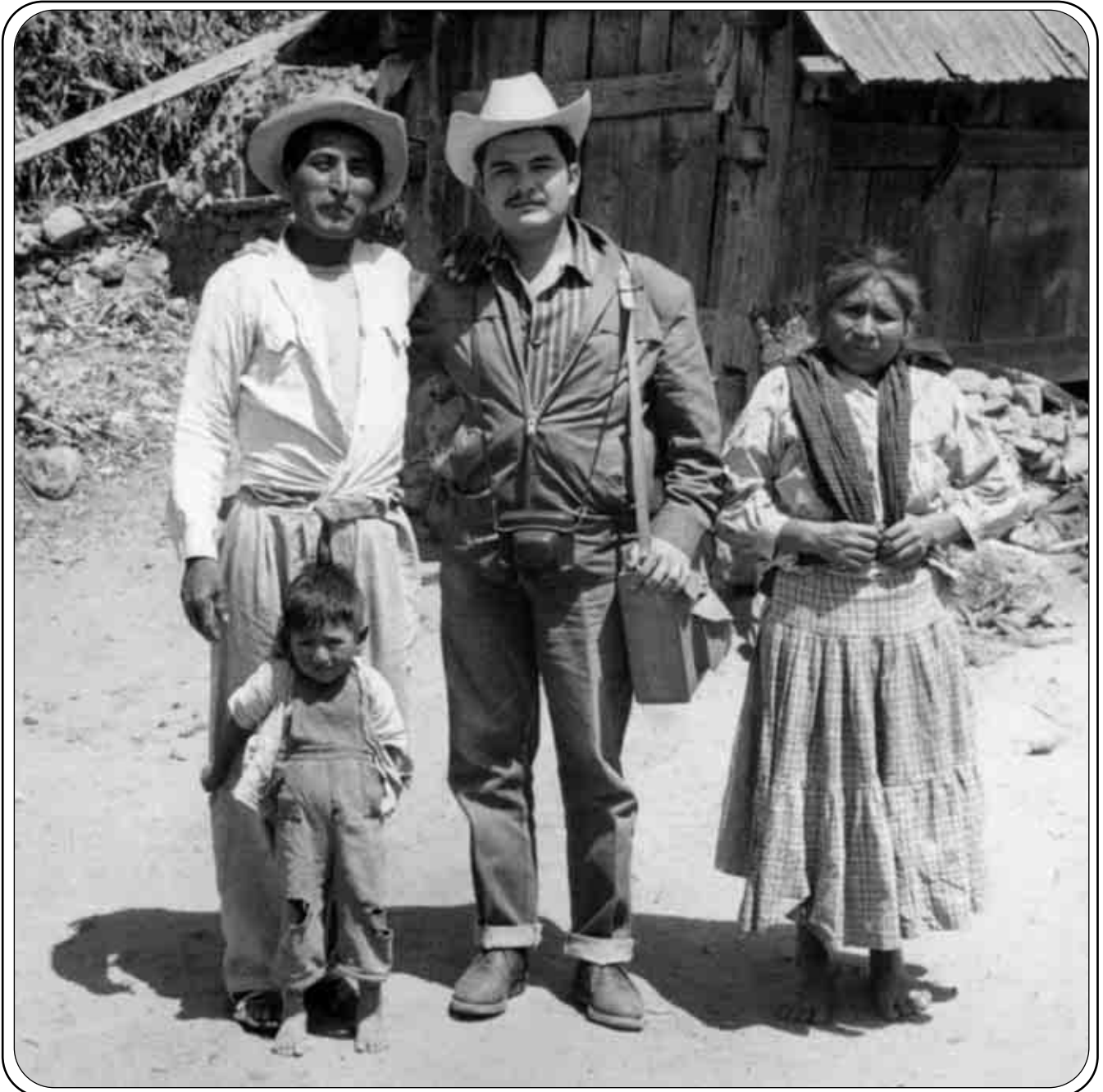
Haciendo rapport, Ca. 1962.

ir, y no va el miércoles, así que también tengo que ir, y aparte el miércoles tengo la junta del jurídico y el jueves tengo que presentar el informe sobre las actividades del departamento del 83 al 87”.

Sus sufrimientos privados quizás agudizaban su sentido de lástima por las penas de los demás. Mantuvo una colección de cactáceas sobre el refrigerador en su departamento en la calle de Hamburgo. No mataba los gusanos que aparecían en sus plantas, sino que los metía en una bolsa y los dejaba “para que busquen su vida.” A pesar del estrés, que Gabriel llamaba el “tirabuzón violento”, seguía compartiendo risas. Cuando iba yo a Amecameca: “¿Así que vas a la tierra de José José?”. El baño era: “donde va el rey solo”. Hablando por teléfono de nuestras penas: “Sólo borracho y dormido se olvida lo jodido”. Su calidez, simpatía y sensibilidad se plasman en las fotografías, grabaciones y otros documentos que dejó sobre las múltiples personas con quien trabajaba en su labor de antropólogo y folklorista.

Don Américo Paredes, eminente investigador del folklore musical de la frontera entre México y Texas, me dijo que cuando conoció a Gabriel en 1959 (en la conferencia anual de la American Anthropological Association que se llevó a cabo en la ciudad de México), Gabriel era un joven “de cara fresca” de diecinueve años que parecía tener habilidad. Don Américo le invitó a dar un curso sobre el folklore mexicano en Austin, Texas, por el año de 1968. Después fue invitado a dar clases durante un semestre en Berkeley, California, pasando primero por reservaciones indígenas y una comuna *hippie* en Nuevo México y después a San Francisco. Más tarde le invitaron a hacer un recorrido de cuarenta y cinco días por las regiones folklóricas de los Estados Unidos. Gabriel entendió a los Estados Unidos como una mezcla de regiones con su folklore propio. Sugirió que yo fuera a Austin para hacer el doctorado en antropología.

Gabriel fue un maestro excelente. En 1995-96, cuando él era investigador en el Departamento del Etnohistoria del INAH, siguió guiando críticamente mi formación como investigadora de antropología. Fue asesor de mi tesis de doctorado sobre un pueblo de la mixteca poblana. Tuve dificultades con la investigación e iba a consultar a Gabriel durante los periodos cuando yo regresaba a la ciudad. Lamenté, por ejemplo, que mi vecina en el pueblo solía traerme un pedazo de tortilla en su mano incrustado y sucio, y como yo sabía que vivía sin salubridad, no podía comer



En alguno de los tantos lugares, Ca. 1964.

eso, esperaba hasta que saliera y lo enterraba en secreto. Gabriel se molestó: “¡En México es pecado desperdiciar la comida!” Cuando yo me quejaba que los niños en el pueblo cazaban tórtolas en mi jardín, él me dijo, “los problemas que estás enfrentando son comunes a cualquier investigador, pero tus reacciones son sumamente etnocentristas”. Yo era cada vez más renuente a exponerme a las situaciones extremas por miedo a enfermarme. Gabriel, en cambio, parecía considerar los malestares crónicos que había contraído en los viajes de campo como gajes del oficio (lamentó, sin embargo, una vez en Cuetzalan, Puebla, cuando fue golpeado y su equipo fotográfico robado). Me dió consejos, que puse a la práctica, sobre la forma de “reinventarme” en el pueblo: vestir de falda, asistir a las misas, conse-

guir más entrevistas, regalar bolsas de frijol o arroz para agradecer a los informantes. Me proporcionó fichas bibliográficas. Se puede decir de Gabriel, igual a lo que escribió sobre sus maestros Mendoza y Rodríguez, “para [los estudiantes e investigadores] siempre había una orientación bibliográfica certera, o un generoso y desinteresado informe, fruto de la propia experiencia en el campo”.

En 1991, Gabriel pasó por Austin para asesorar una exhibición de juguetes mexicanos que organizaba Suzanne Seriff. Le pregunté si estaba satisfecho con su vida hasta allí. Me dijo que había un vacío en cuanto a lo afectivo. El mismo vacío siento yo al saber que ya no cuento con la sabiduría, simpatía, inteligencia y humor de Gabriel, una persona bellísima en mi vida.



## A MI MAESTRO CON CARIÑO

Yolanda Torres Martínez \*

**N**o cabe duda que los mejores se nos adelantan, como le sucedió a la Mtra. Lupita (Estrada) y ahora a usted. Como un homenaje para usted quiero decirle todo lo que lo pienso, todo lo que lo extraño, todo lo que lo quiero.

¿Por qué? Porque todo lo que hizo fue una enseñanza para los que lo rodeamos y lo captamos.

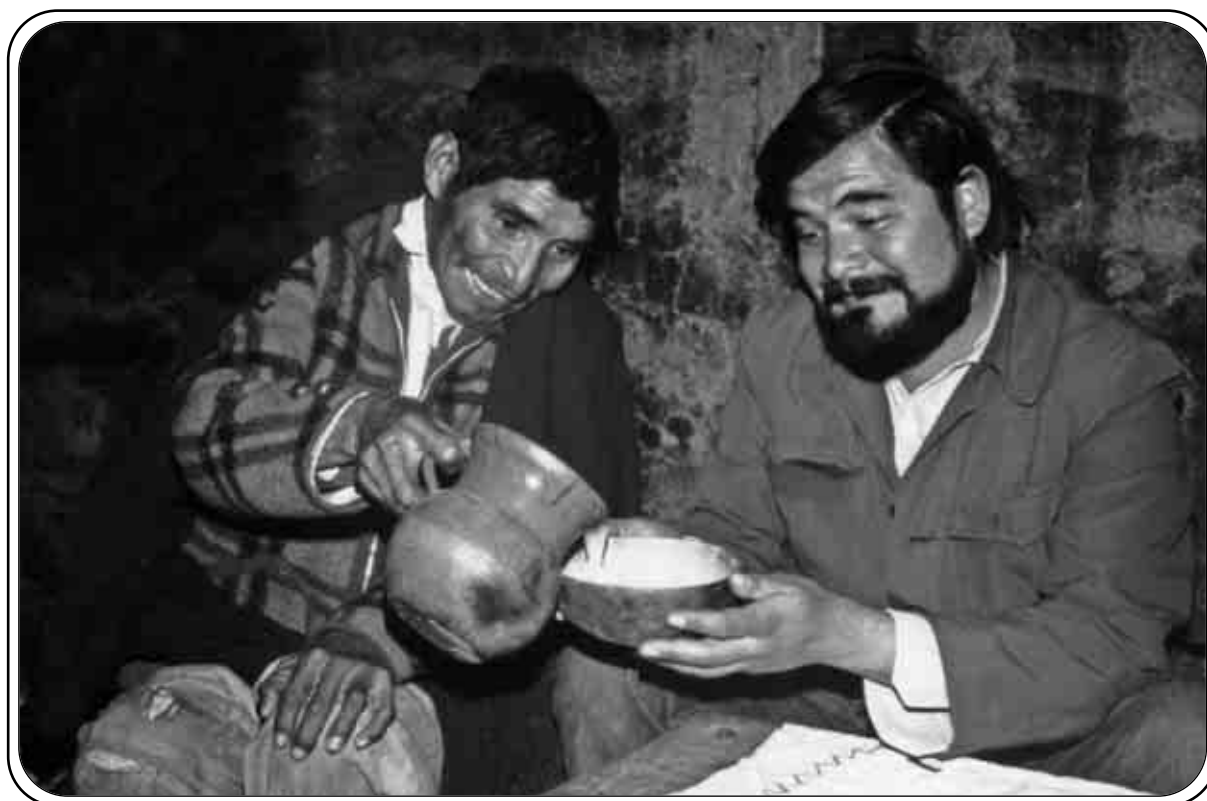
Por su calidez humana, porque siempre hizo lo que quiso, estuvo donde lo necesitaban y dijo sólo lo que era necesario.

Como secretaria en la Dirección de Etnohistoria recuerdo cuando me pedía que le pasara algún trabajo a máquina y me lo entregaba con tal cuidado, escrito a máquina en hojas carta color azul, con las correcciones marcadas al margen y con total claridad, usando los señalamientos técnicos del caso. Daba gusto pasar en “limpio” sus escritos.

Maestro:

Me daba cuenta que diario leía el periódico y recortaba siempre gran cantidad de notas periodísticas de temas que le interesaban. Y cuando alguien le preguntaba sobre algún tema, por lo general lo conocía ampliamente y lo exponía con claridad y sencillez; posteriormente complementaba la información solicitada con publicaciones o notas periodísticas.

Muchos le decían que se titulara, pero usted nunca lo creyó necesario. En realidad no le interesaron los títulos de ninguna especie, ni de propiedad ni académicos. Para mí era una persona sabia en su manera de ser. Era una persona sencilla y sin complicaciones. Como que no le gustaba “salir en la foto”. Lo que más disfrutaba eran sus salidas a campo, en donde convivía con los más sencillos. Fue una persona íntegra, conocedora y orgullosa de sus raíces.



Échese otro pulquito, Ca. 1980.

\*Dirección de Antropología Física, CNA, INAH.



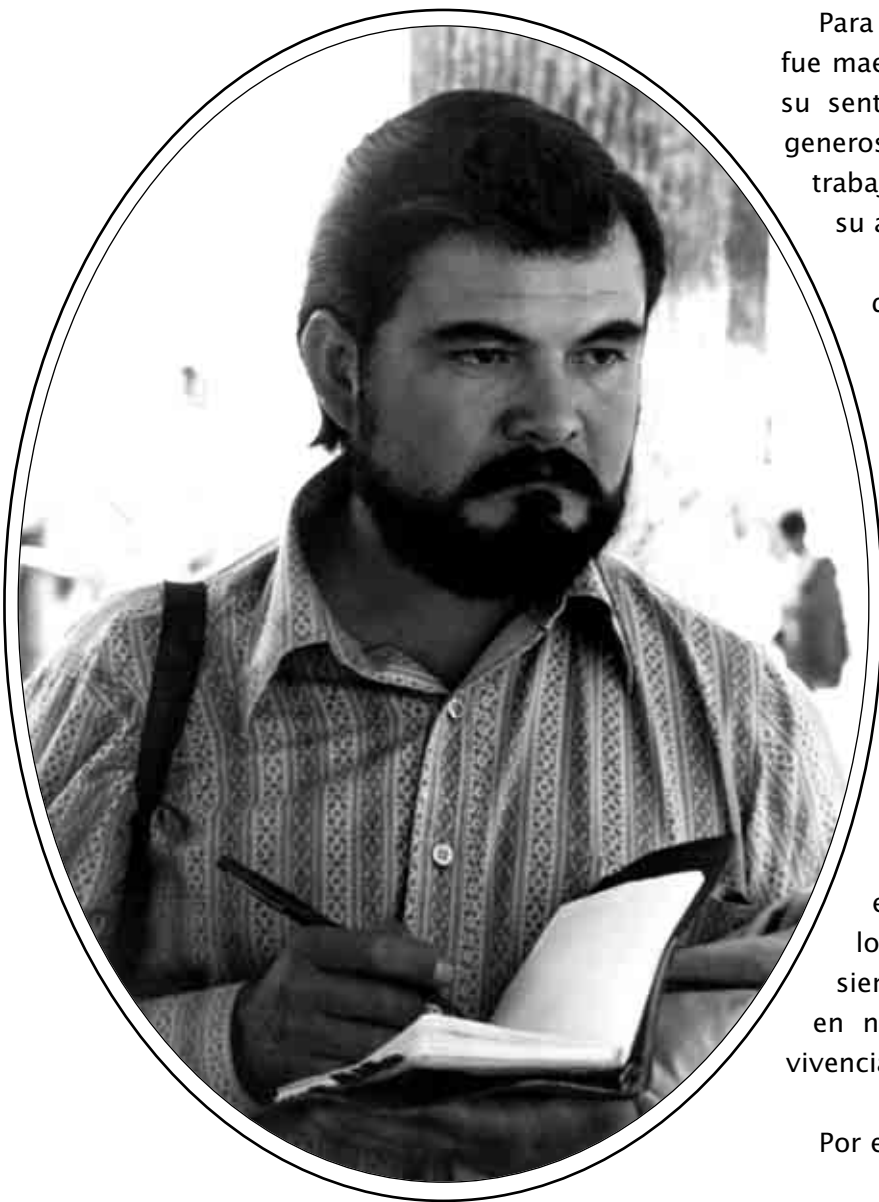
Para muchos era Gabriel, para mí simplemente fue maestro porque aprendí mucho de usted. De su sentido del humor, de su sapiencia, de su generosidad, de su simpatía, de su capacidad de trabajo, de su compromiso, de su entrega, de su amor al prójimo ... al próximo.

Nos compartió su amor por la música, la danza, la comida, el temazcal, por los afromestizos de la Costa Chica de Guerrero, por la mexicanidad. Nos compartió su amor y su conocimiento sobre estos temas y nos legó sus reflexiones orales y escritas acerca de los mismos. Eso nos dejó y por eso (y mucho más) sigue con nosotros.

Estoy segura de que los ángeles están de tertulia, de bohemia, de gran fiesta, echándose, junto con usted, una charana y una jarana.

En verdad estamos frente a una pérdida muy lamentable, pero a medias porque la mitad de usted se quedó enteramente con nosotros. Porque los que lo queremos, lo queremos profundamente y siempre en verdad nos acompañará, a veces en nuestra soledad, otras en nuestras convivencias o tal vez en nuestras reflexiones...

Por eso ... hasta luego y GRACIAS MAESTRO.



Tomando nota, Ca. 1980.



Investigaciones sobre los afromexicanos, Ca. 1970.

## CORAZÓN GIGANTE

María Cristina Díaz Pérez\*

### *Corazón gigante*

*Antes de cada noche después de andar sobre la ciudad  
le besaba la frente a la esperanza de despertar  
y se inventaba un ángel que le venía a contar  
cómo estaba la cosa en aquel lugar.*

*A pesar que el futuro se le acortaba cada vez más  
el hombre no dejaba que lo aplastara la realidad  
su corazón gigante no se quería parar  
pero la ingrata muerte no quiso más.*

*Y se fue con el sol de abril  
sin miedo y sin discutir  
y dejó tanto por aquí  
su vida y también a mí.*

*Antes de cada noche después de andar sobre la ciudad  
siento un beso en la frente que me arrebató la soledad  
y en mis sueños un ángel me viene a platicar  
que el corazón gigante logró llegar.*

*Reyli / Raúl Ornelas*

Quiero empezar diciendo que esta es la segunda ocasión que tengo oportunidad de dirigir un homenaje al profesor Gabriel Moedano, la primera vez fue cuando me distinguió con la invitación para presentar su fonograma *Atención pongan señores... El corrido afromexicano de la Costa Chica* y ahora que le dedico estas palabras póstumas, lo hago con un gran cariño y respeto.

Dar inicio con la letra de una canción es una necesidad y una obligación ya que de esta forma puedo resumir su partida siguiendo los patrones musicales, mismos que nutrieron siempre su existencia.

Pensar en Gabriel desde el punto de vista académico equivale a considerar una carrera que incluía una formación en diversos campos del conocimiento y una variada lista de intereses, desde aquellos relacionados con la gastronomía, la música, la danza y la población costeña, pasando por muchos otros; cuando pienso qué tenían en co-

mún todos estos temas se me revela la personalidad del amigo y maestro, perceptivo y humano que alimentaba su pensamiento y quehacer profesional de una manera sensitiva con aquellas cosas que salen del corazón y llegan al alma; y no podría imaginarlo ejerciendo una disciplina que no fuera la antropología.

El perfil de un sólido académico que se situó en la parte más humana y que lo hacían el investigador perfecto para la población costeña que no puede ser comprendida cabalmente si no es desde este ángulo.

Varios años de amistad profunda y afectuosa me vincularon a Gabriel y a pesar de que formal-

\*CIESAS



Grabando la música, Ca. 1980.

mente no me dio clase, sí recibí de él importantes enseñanzas en una etapa todavía formativa, cuando realizaba mis primeros intentos por trabajar en la región de la Costa Chica, zona de la que él era un experto conocedor.

Nos conocimos en 1991, durante el Segundo Encuentro de Afromexicanistas en la ciudad de Taxco, Guerrero; en esa ocasión Gabriel me hizo valiosas recomendaciones y con significativa paciencia me ayudó a orientar algunos desaciertos, a partir de entonces y por mucho tiempo mantuvimos una interlocución constante sobre un tema de interés mutuo: la población de origen africano en México, término que él me enseñó a utilizar. Contar con un canal de comunicación siempre abierto y desde entonces recibir sus consejos, comentarios y aprobación se volvieron un eje rector para mí.

De esa etapa recuerdo sus comentarios precisos sobre mis interpretaciones osadas, la generosidad con que me proporcionó materiales bibliográficos de su autoría o copias de su impecable registro fotográfico, todo esto lo atesoro como

muestras valiosas de su calidad humana y de su gran talla académica, pues nunca defendió para sí la propiedad de un área de estudio en la que era pionero.

Conocer a Gabriel en un momento donde yo tenía todo por aprender fue decisivo en muchos sentidos y de cierta manera delineó trazos funda-



Ana María y Gabriel entrañables hermanos, 2000.

mentales de mis actuales preocupaciones profesionales, primero que nada porque descubrí que además de ser un antropólogo con trayectoria consistente y reconocida era al mismo tiempo desprendido e incluyente. También porque se permitía expresar la fascinación que sentía por la Costa Chica y su gente sin ningún tipo de prejuicios ni utilitarismos, sellando un compromiso vitalicio con los afroestizos.

Me enseñó, entre otras cosas, que la antropología es una profesión que da lugar a la transmisión de mensajes con carga emotiva y que evocar un lugar o describir una danza es asunto de buena memoria, pero también de piel, esto lo supe cuando lo escuché narrar cómo en los pueblos de la Costa Chica se cala hasta los huesos el rumor de las palmeras que mueve el viento, la sensación de alivio que se siente por la tarde cuando el calor disminuye y la gente sale al corredor a refrescarse, el recuerdo de la tierra roja que causa una impresión visual inolvidable, la sensación de inmensidad que provocan los terrenos planos, junto a la majestuosidad de las parotas...

Un universo simbólico que compartimos es el de los corridos, quienes han estado en la zona sabrán que algo que caracteriza a la población afroestiza es la fuerza de la palabra, expresada de muy variadas maneras, la composición de corridos es una de tantas, y fueron éstos los que más ocuparon la atención de Gabriel, pues du-

rante un largo periodo de tiempo se dedicó a su recopilación y en el año 2000 puso en manos de todos nosotros el fonograma titulado *Atención pongan señores...* que encierra la riqueza de la cultura tradicional de la Costa Chica.

Fuera del ámbito intelectual hubo aspectos que nos identificaban y que nos acercaron mucho, por ejemplo, compartíamos una extraña inquietud por el tema de la muerte y buscábamos explicaciones a fenómenos y experiencias que se escapaban a los argumentos racionales, en particular recuerdo el día que me ayudó a entender que el suicidio es una forma de ritual. Largas fueron las conversaciones telefónicas donde él hacía el recuento de los amigos y colegas que habían partido.

Hablar de Gabriel me lleva a recordarlo como una persona que transitó por esta vida haciendo siempre un ejercicio pleno de libertad, característica esencial en él, que hacía de sus actos y pensamiento principios congruentes, aunque esta correspondencia le implicara renunciar a muchas cosas, para entregarse con pasión a sus convicciones.

Probablemente, una manera de honrar su memoria sea dando seguimiento a los temas y trabajos que él exploró e impulsar áreas novedosas de reflexión, además de reunir y recuperar sus materiales de investigación, preocupación con la que él partió.



Gabriel, su cuñado y su sobrina, 2001.